

Berlusconi, al descubierto

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 11.10.09

Alguien tenía que hacerlo. Algún resorte legal, institucional había de haber en el Estado italiano para salir al paso de las trampas, la desfachatez, las manipulaciones constantes del jefe del Gobierno, Silvio Berlusconi. Lo ha hecho el Tribunal Constitucional, al declarar que la ley que eximía de responsabilidad ante los tribunales al jefe del Gobierno y a los presidentes de la República y de las dos cámaras parlamentarias no estaba de acuerdo con la Constitución. Era la gota que desbordaba el vaso, la voz de basta a una serie inacabable de abusos en la confusión entre los intereses personales y empresariales de Il Cavaliere y los del Gobierno. Como una restitución al país de su dignidad ante el comportamiento de un jefe de Gobierno que se ha movido a sus anchas en las aguas turbias en que desaparece la claridad de la divisoria entre lo correcto y lo que no lo es, lo legal y lo ilegal.

Que Berlusconi ha sido cogido en falso lo demuestra su reacción visceral y desbocada contra el Tribunal Constitucional, el presidente de la República, la magistratura, la prensa. La acusación de que ha sido víctima de un complot de la izquierda, de los rojos, de una maniobra política. En vano, su socio en el seno del partido mayoritario, Gianfranco Fini, le ha recomendado serenidad, templanza. Le sienta mal haber sido tocado en su acostumbrado hacer y deshacer sin obstáculos, en su tener las manos libres para manejarse en el marco un tanto degradado del Estado y del juego político y parlamentario ante una oposición desangelada, sin nervio.

Pero le duele más, mucho más, que desde ahora puede verse obligado a gobernar teniendo encima la espada de Damocles de que la justicia le pida cuentas por delitos de los que puede ser acusado. Lo cual conlleva la posibilidad de una sentencia condenatoria. Es decir, su fin político. El final de lo que algunos politólogos denominan egocracia. Algo que no es el culto a la personalidad de las dictaduras de derechas o de izquierdas pero que es capaz de encontrar alimento en las aguas turbias de toda forma de degradación o imperfección de la democracia. Una enfermedad del poder aunque sea adquirido legalmente.

¿Italia está pues en vísperas de proceder a un borrón y cuenta nueva, a una labor de limpieza, de saneamiento político? Puede ocurrir que no. Por lo pronto, Il Cavaliere no se muestra dispuesto a ceder ¿Cómo podría hacerlo si, según él, todo ha sido una trampa, una traición? Sus aliados Fini y Bossi, líder de la Liga Norte, le dicen: "Estamos contigo". Y él no es hombre de arredrarse. La consigna es seguir. Sobre todo con la fe puesta en que el país le mantenga la confianza. Las próximas elecciones regionales son una posible ocasión para interpretarlas como un referéndum popular. Cabe montar multitudinarias manifestaciones de apoyo.

Son los recursos de un vulgar populismo que ha rendido sobrados beneficios a Il Cavaliere. Y, mientras tanto, ver cómo darle la vuelta con instrumentos legales al fiasco constitucional. El Berlusconi capaz de decir que los italianos le quieren como es y que todos quisieran ser como él ha echado mano ahora de la misma fórmula abusiva al decir: "Estas cosas con las cuales me culpan, culpan a los italianos". Y añade un delirante:

"¡Viva Italia, viva Berlusconi!". Italia, el pueblo italiano, Berlusconi son una misma cosa...

Es el "estos son mis poderes" de Berlusconi, los votos. E Italia tendrá que vivir bajo la crispada tensión de no saber si esto es verdaderamente así. Bajo la perversidad berlusconiana de poner en entredicho toda la arquitectura en que se basa la verdadera democracia. Es decir, enfrentando fraudulentamente a la soberanía popular con el equilibrio de poderes establecido por la Constitución y, concretamente, con la máxima garantía de que se respeta la Carta Magna: el Tribunal Constitucional. Como si esta pirámide institucional y el marco constitucional no emanaran en definitiva de la soberanía del pueblo. Lo cual es colocar engañosamente al pueblo contra su propia obra.

Berlusconi, acorralado, puede ser extremadamente peligroso, porque no tiene escrúpulos. Tacha la sentencia del Tribunal Constitucional de subversión. ¿Hacerlo no es acaso subvertir por su parte la esencia de la legalidad, desautorizar el núcleo del Estado democrático en un país necesitado de que la fe en este y sus instituciones sea reforzada de forma firme, explícita y justificada?

El líder de la oposición, Franceschini prevé "días difíciles, porque Berlusconi no se resignará". Pero añade que "la democracia demostrará disponer de anticuerpos" contra el mal que esto entraña. No es seguro que sea así. Entre otras cosas precisamente porque es dudosa la capacidad de la oposición para activarlos en una sociedad que parece anestesiada.

Sin embargo, hay motivos para felicitar de que la inversión de valores

berlusconiana haya sido autorizadamente desenmascarada. La sentencia correctiva es un golpe duro para Il Cavaliere. Tal vez, el principio del fin. Una caída del invencible que, so capa de lealtad, esperan, cautelosamente, hasta gente de los suyos. Entre ellos el aliado Gianfranco Fini, con el señuelo del poder a la vista.